

CARLOS J. SERVER

**UN
DÍA
CON
SUERTE**

EN BUSCA DEL
GANADOR DE
LOTERÍA PERDIDO



“La suerte es una flecha lanzada
que hace blanco en el que menos la espera”

KONRAD ADENAUER

1

24 de Agosto

El verano tiene un momento inconfundible. Esas horas que transcurren entre el final del almuerzo y las cinco de la tarde son el intervalo del día que mejor lo define. El calor es insoportable, la gente se refugia en la sombra; con las calles desiertas espera que el fuego exterior se apague y poder volver a salir para reanudar sus vidas. La calma invade el ambiente, no hay viento que mueva las hojas y los pájaros parecen no querer romper el silencio. Sólo las criaturas más extrañas se atreven a hacer frente a ese momento y es en ese preciso instante cuando arranca nuestra historia.

-¡Elena, ya te he dicho cien veces que estás leyendo el mapa al revés! -exclamó Adrián mientras se pasaba la mano por la frente empapada-. Teníamos que habernos desviado hace diez kilómetros.

-La culpa es tuya por no querer preguntar en la gasolinera -le contestó su mujer mientras se giraba para ver a Carlitos, que dormía totalmente estirado en el asiento trasero del Corolla alquilado.

Mientras lo contemplaba, su mente voló a su niñez. Recordó los viajes que hacía con sus padres montados en su viejo mini naranja, siempre se quedaba dormida en el asiento trasero. Totalmente estirada sus pies no llegaban a

tocar el otro lateral del coche, la sensación le reconfortaba enormemente. Aún recordaba la tristeza que le invadió años después, cuando descubrió por primera vez que ya no cabía estirada, se había hecho mayor.

A Elena siempre le había parecido envidiable la costumbre que tenían los niños de dormirse en cualquier parte. Luego, pensaba, cuando nos hacemos mayores hay dos tipos de personas, los que continúan pudiendo dormirse en cualquier circunstancia como si nada les perturbara, y los que son incapaces de conciliar el sueño si no es en una habitación totalmente oscura, sin ruido y con una temperatura de veintiún grados centígrados, exactamente. Un cierto pesar le inundó al pensar que, sin duda, ella pertenecía al segundo grupo.

Después de aquella última reflexión se giró de nuevo. Eran las cuatro y media de la tarde de un muy caluroso 24 de agosto. Aunque Adrián hiciera rato que no lo quisiera reconocer y Elena no se lo hubiera querido reprochar, estaban perdidos después de haber pasado la mañana en una cala muy coqueta de la Costa Brava. Demasiado coqueta para Elena, urbanita sin remedio y a la que el sólo

hecho de que no hubiera cobertura desde hacía cinco minutos empezaba a ponerle de los nervios.

-Mira, ahí hay un letrero que dice Villanueva de la Goleta a 1,2 kilómetros -observó Elena-. Vamos a desviarnos para preguntar cómo volver a la autopista.

-No, yo prefiero continuar -le contestó Adrián-. Seguro que encontramos la autopista más adelante.

-¡Ya me has oído, nos salimos aquí y no hay nada más que hablar! -dijo Elena, elevando tanto el tono de voz que Carlitos se revolvió en el asiento de atrás-. Además, tengo que ir al baño -ahí terminó toda posibilidad de seguir discutiendo.

Adrián estaba convencido de que la mayoría de las personas pensaba que discutir no era bueno para la salud. A él, en cambio, siempre le había parecido una buena forma de pasar el rato cuando no tenía nada de que hablar. Total, luego siempre acababan haciendo las paces, pensaba.

Por otra parte Adrián tenía tanto calor que estaba encantado de parar un rato. Elena no le había dejado encender el aire acondicionado porque decía que le daba dolor de cabeza.

Al atravesar el letrero que indicaba Villanueva de la Goleta , se adentraron en un pueblo inquietantemente desierto. Avanzaron por una larga calle con viviendas de no más de dos plantas pintadas todas de diferentes colores. Delante de cada casa, en las aceras, había sillas de distintas formas y tamaños. De todas las puertas colgaban persianas enrollables de color gris o verde y que estaban totalmente bajadas. Las ventanas cerradas, así como la ausencia absoluta de vecinos, le daba un aspecto abandonado, como esos pueblos que quedan sumergidos en los embalses y en los que parece que el tiempo se hubiera detenido para siempre.

-Aquí esta todo cerrado -dijo Adrián, con un cierto tono de reproche.

-Continúa más hacia el centro del pueblo que seguro que hay algún bar abierto -le contesto Elena seria y contrariada.

-Dudo que este pueblo tenga centro. Con suerte a lo mejor tiene un cura con iglesia y todo -le dijo Adrián intentando distender el ambiente. Por supuesto no lo consiguió.

Continuaron por una calle estrecha hasta llegar a una pequeña plaza con unos cuantos árboles. Justo al lado había una iglesia con una gran puerta doble abierta. Ambos se quedaron mirando y con un gesto se pusieron de acuerdo en que lo mejor sería entrar a preguntar.

-Carlitos, despierta. Vamos a bajar del coche un momento -le susurró su madre al oído.

En lo que el pequeño Carlitos se desperezaba, fueron bajando del vehículo. Adrián cerró el coche y caminaron hacia la puerta de la iglesia. Al asomarse, casi no podía verse nada, el contraste con la luz exterior hacía que el interior pareciera tan oscuro como una profunda cueva. Había un extraño olor a polvo viejo, mezclado con algo de incienso, no les resultó desagradable, más bien al contrario. Poco a poco sus ojos se fueron adaptando a la poca luz, sólo entonces percibieron la figura de alguien que se encontraba en el altar, de espaldas a ellos.

Justo en ese instante Elena preguntó.

-Perdone, ¿podría ayudarnos?

2

24 de Agosto

David había llamado ya dos veces al timbre y justo cuando se disponía a marcharse oyó como desde dentro alguien decía.

-¡Ya voy, un momento por favor!

La verdad es que la casa era la más coqueta del pueblo. La entrada llena de rosales siempre en flor, el cercado de madera perpetuamente de ese blanco tan perfecto, como si lo acabaran de pintar el día antes, y esas piedras amontonadas a ambos lados del camino hasta la puerta también blanca. Lo único que a David le horrorizaba era esa extraña manía de llenar el jardín de figuras de enanitos

de todas las formas y colores posibles. Hasta había uno que simulaba estar orinando y que según había oído, si lo conectaban echaba agua realmente a modo de fuente. Qué clase de gente querría tener un enano meando en su jardín, era algo que obsesionaba a David siempre que tenía que ir a casa del panadero a repartir la correspondencia.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Carmencita con una toalla en la cabeza y un albornoz de color rosa. Carmencita, la mujer de Zacarías el panadero, era una persona singular. Superaba los 40, sin duda la edad había hecho acto de presencia en su rostro pero mantenía intacto un cierto aire juvenil. Por supuesto, a ello contribuía una delantera de infarto que los dos hijos que había tenido había hecho que mejorase. Parece ser que no había podido darles el pecho y que todo el pueblo lo sabía pero curiosamente, como si aquello le hiciera parecer ser peor madre, ella siempre había intentado disimularlo de la forma más extraña. En cuanto había gente delante se sacaba el pecho y simulaba darlo a alguno de los pequeños. Por supuesto los niños acababan quedándose dormidos en esas almohadas naturales y todos miraban para otro lado como si la cosa no fuera con ellos. Pero lo más destacable de aquella

mujer era que no podía dejar de hablar. Era capaz de hablar durante horas de cualquier tema intrascendente, sin aportar nada nuevo a la conversación y a la vez ir cambiando de temas sin acabar las frases anteriores. Algo asombroso sin duda y seguro que algún día digno de estudio.

-Buenos días Carmencita, te traigo el correo -dijo el cartero algo nervioso y con una sonrisa de oreja a oreja.

-Disculpa que te haya hecho esperar, David -le contestó Carmencita-. Es que estaba en la ducha. Siempre aprovecho esta hora para relajarme, justo después de que Zacarías se vaya por segunda vez a la panadería y acompañe a los niños al colegio.

-No te preocupes, estaba admirando tu jardín. Sobre todo los enanitos que tanto me gustan -le mintió piadosamente el cartero.

-¡Hombre!, me alegro que alguien comparta mi gusto por los enanos de jardín -replicó Carmencita-. Mi marido dice que estoy loca. No se da cuenta de que en las mejores casas siempre hay enanos de jardín, en todas las revistas del corazón siempre salen. Pero claro, qué vas a esperar de un panadero, creo que lo único que ha leído en años han sido las recetas de los pasteles. Yo tenía que haberme casa-

do con un hombre de mundo que me llevara a ver lugares de esos que sólo salen en las películas buenas. Como la que echaron ayer en la tele, ¿no la viste? Esa de Brad Pitt que se van a Las Vegas a robar en un Casino. ¡Oh, Las Vegas, qué ciudad!

David hacía como que escuchaba la interminable cadena de frases inconexas con la mejor de sus sonrisas, pensando que si no fuera por aquella delantera, anda que iba a estar ahí aguantando el rollo. Él sabía perfectamente que Zacarías a esa hora trabajaba en la panadería y que Carmencita se encontraba sola, y también que tenían un buzón muy coqueto en la valla blanca. Pero ver ese espectáculo oval le alegraba a cualquiera las mañanas y le predisponía a trabajar con más júbilo. La gente estará más contenta en el pueblo si el cartero les transmite alegría, pensaba David. Y claro, quién era él para ir en contra de un alegrón general, faltaría más que por su culpa el pueblo estuviera más desanimado de lo que ya estaba después de lo que había ocurrido.

-Por cierto, David ¿se sabe ya algo de lo de la lotería? – preguntó Carmencita.

-Creo que todavía nada. Luego tengo que pasar por el bar de Pedro a llevar unas cartas, preguntaré a ver si saben algo y ya te cuento esta tarde -contestó David, con un claro regocijo interior por tener una excusa para volver en un rato.

Bueno, tengo que dejarte Carmencita, he de continuar con la ronda. Que tengas un buen día -se despidió David.

-Que tengas tú también un buen día y conduce con cuidado -le contestó Carmencita con una amplia sonrisa.

-No te preocupes, ésta la tengo dominada. Hasta luego -le dijo David que ya se alejaba con la bicicleta oficial de correos.

Carmencita se quedó mirándolo desde la puerta, cuando de repente le entró un escalofrío y recordó que estaba a medio duchar. Entró apresuradamente y cerró la puerta blanca de su coqueta casa.

3

24 de Agosto

-¡Pero bueno, otra vez! -exclamó indignado Don Manuel a su mujer Doña Mercedes-. ¡Es que lo de esta mujer es increíble, no me lo puedo creer, cada día logra sorprenderme más!

-Que quieres que haga Manuel, por lo menos no nos roba, mañana volveré a hablar con María Luisa -le contesto Doña Mercedes-. Pero te advierto que ya se lo he explicado varias veces.

María Luisa, la señora que iba a casa de los Pascual, era muy buena persona, un requisito poco eficaz para trabajar de criada pero que, por lo visto, era muy útil para mantener su puesto de trabajo por muy incompetente que fuese. El problema fundamental era que María Luisa, que provenía de una familia muy humilde, no acababa de acostumbrarse a esos edredones nórdicos que ahora están tan

de moda y que van enfundados dentro de una especie de sabana. Doña Mercedes le había explicado varias veces cómo había que montar la cama, pero María Luisa no podía asimilar otra cosa que no fuera sábana, manta y edredón. Cada mañana montaba la cama de la forma más inverosímil posible. Un día ponía la funda a modo de sábana y encima el edredón, cuando al día siguiente le corregían pues ponía el edredón y encima la funda. Otras veces pensaba que lo mejor sería añadir una sábana de otro juego a modo de cubierta. La cuestión es que todas las noches Don Manuel tenía que deshacer su cama y volver a hacerla, pero lo peor no era eso, cuando le decía a su mujer que María Luisa era un desastre, Doña Mercedes siempre la defendía y acababa sentenciando lo de que era muy buena persona. Esto último sacaba de quicio a Don Manuel. Formado en la vieja escuela, tenía muy claro que el que valía, valía y el que no a la calle. Y lo cumplía a raja tabla con todos; menos con María Luisa, claro está.

Don Manuel era el alcalde de Villanueva de la Goleta. Llevaba en el cargo desde el comienzo de la democracia y había pertenecido, en treinta años, a cinco partidos diferentes. Como él decía: "en los pueblos lo que importa

son las personas, no lo los partidos” y el llevaba siete elecciones seguidas con mayoría absoluta. En este momento era, además de alcalde, el presidente y el secretario general de Ciudadanos por Villanueva de la Goleta. Antes había pertenecido a UCD, Alianza Popular, PSOE y Alternativa por Villanueva de la Goleta. Su carácter severo y autoritario había hecho que, sus discrepancias con el partido, le hicieran abandonar las otras formaciones. Vamos, que si no se hacía lo que él decía, se iba y montaba otro partido. En el fondo era un buen alcalde para el pueblo, había traído la escuela de música, el centro de salud, el agua potable, una guardería y muchas otras cosas que todo el pueblo celebraba. De lo único que se arrepentía era de haber convencido al presidente de la Diputación para que consiguiera que se montara en el pueblo una administración de lotería. Aunque aún recordaba el día de la inauguración, dónde todo eran abrazos y felicitaciones. Antes la gente del pueblo tenía que recorrer treinta kilómetros para echar la quiniela. Por eso, cuando se abrió la Administración Número 1 de lotería de Villanueva de la Goleta dentro del bar de Pedro, resultó todo un acontecimiento. Incluso vino una banda de música a tocar y Don Manuel decretó fiesta ese día en todo